El día que cambió mi vida

La historia de un perrito que viajó desde España hasta México

UAEH

Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo

Hugo Cortés Osorno

El día que cambió mi vida

Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo
División de Extensión de la Cultura

Consejo Editorial
Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo

El día que cambió mi vida

Hugo Cortes Osorno

Universidad Autónoma
del Estado de Hidalgo

Pachuca de Soto, Hidalgo, México

2025

Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo

Octavio Castillo Acosta
Rector
Julio César Leines Medécigo
Secretario General
Marco Antonio Alfaro Morales
Coordinador de la División de Extensión de la Cultura
Presidente de la Feria Universitaria del Libro

Fondo Editorial
Asael Ortiz Lazcano
Director de Ediciones y Publicaciones
Joselito Medina Marín
Subdirector de Ediciones y Publicaciones

Primera edición: 2025
D.R. © Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo
Abasolo 600, Col. Centro, Pachuca de Soto, Hidalgo, México, C.P. 42000
Dirección electrónica: editor@uaeh.edu.mx
El contenido y el tratamiento de los trabajos que componen este libro son responsabilidad de los autores y no reflejan necesariamente el punto de vista de la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo.
ISBN: 978-607-482-949-5
Esta obra está autorizada bajo la licencia internacional Creative Commons Reconocimiento –No Comercial –Sin Obra Derivada (by-nc-nd) No se permite un uso comercial de la obra original ni la generación de obras derivadas. Para ver una copia de la licencia, visite https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/.
Hecho en México/*Printed in Mexico*

Este libro fue dictaminado por pares académicos.

Se agradecen los comentarios y sugerencias del cuerpo de asesores, ya que permitieron darle un mejor rumbo a esta publicación. De igual manera, se agradece profundamente a los dictaminadores del proceso evaluador, quienes con sus observaciones y comentarios enriquecieron esta obra.

Índice

Prólogo 11

I. El día que cambió mi vida 13

Esta fábula se la dedico a Suker y Marcelo, quienes a lo largo de mi vida dejaron una huella que jamás se borrará; me dieron una lección de cómo los animalitos, en especial los perros, son más leales que las personas; estos nunca te abandonarán por su paso en este mundo.

Prólogo

Esta fábula fue realizada desde el punto de vista del protagonista canino, y todo se desarrolla a través de él. Curro es un perro español que relata sus orígenes, su sufrimiento y angustia al saber que sus dueños no lo querían, que debería marcharse y buscar otro hogar por medio de la adopción.

El día que cambió mi vida es, y será, referente del giro que en minutos puede dar, para bien o para mal, la vida de un animalito que su único propósito en este mundo es brindar lealtad, cariño y nobleza hacia las personas con quien compartirá su vida y su destino final.

Hugo Cortes Osorno

Verano de 2025.

El día que cambió mi vida

El día que cambió mi vida

¡Hola! Mi nombre es Curro, soy un perro que nació en julio de 2022, unos 14 kilómetros fuera del casco urbano; en una casa de campo cerca de Caravaca de la Cruz, un municipio español situado en un enclave fronterizo entre Murcia y Granada. Esta es una ciudad santa con mucha historia, conocida por sus fiestas de moros y cristianos, así como por sus famosos caballos del vino. Según la leyenda en el año 1232, el rey moro Abú Zeid contempló dos ángeles que bajaban del cielo con una cruz para ayudar a un sacerdote preso en el castillo que pudiera decir misa. Sus fiestas patronales se celebran del 1 al 5 de mayo.

No recuerdo a mis padres, ni tampoco a mis hermanos. Yo tengo un color dorado y pelo largo, orejas medianas, tengo los ojos azul claro que hacen que me moleste mucho

el sol, mi nariz es color rosa y mi talla es de 45 centímetros de largo, aproximadamente, y unos 26 centímetros de altura. Como verán, soy pequeño.

Recuerdo que siempre me tuvieron afuera de la casa, no me dejaban entrar, recibía la comida en un platón que nunca se lavaba y mi agua estaba en una pequeña cubeta. No fui muy querido por mis dueños, ya que cuando salía a explorar mi territorio siempre se enfadaban conmigo y me ataban a un árbol donde me pasaba horas enteras bajo su sombra, y protegiéndome de las inclemencias del tiempo.

Un día, cuando regresaba de mi paseo por el campo, escuché a la dueña de la finca donde yo vivía decirle a su hijo, un chaval de 17 años llamado Luis –que por su edad se dedicaba más a jugar y divertirse con sus amigos–, que me buscara otro hogar para que me adoptaran porque ya no me querían ahí. Esas terribles palabras retumbaron en todo mi cuerpo; por momentos, pensé en huir, ya que me sentía solo e indefenso debido a mi corta edad.

Durante unos 15 días, mi estado de ánimo estuvo muy decaído y solo pedía a Dios que me mandará unas buenas

personas a quienes les pudiera agradar. Tenía que poner todo de mi parte para que mis nuevos dueños vieran que soy un perro muy noble, de gran corazón, obediente y ávido de mucho cariño; sin embargo, mi estado físico dejaba mucho que desear debido al abandono en que me tenía Luis.

Durante el proceso de adopción, bajé varios kilos y mi semblante estaba muy mal, mi pelaje crecido y sin forma, por eso dudaba que yo les gustara a las personas. Pero la fe y la esperanza me hicieron sentir que vendrían tiempos mejores; crean o no, los perritos tenemos el don del aprecio, somos leales y sabemos predecir lo que nos puede pasar, al igual que a quienes queremos.

Al paso de unos días, Luis ya estaba buscando donde dejarme, había decidido hacerme a un lado de su vida, por lo que escuché que investigaría en internet si alguna persona quería adoptarme. Yo no comprendía lo que llegaría a sucederme, ni mucho menos cómo sería mi vida y a dónde me llevarían, solo recuerdo muy bien que unos días después vi llegar un carro con dos personas que se estacionaron en la puerta de mi casa y preguntaron por Luis. Mi corazón empezó a palpitar mucho más rápido de lo normal y me bajó la presión al escuchar una voz femenina con tono agradable, tranquila, y con un acento que nunca había percibido. Me tranquilicé un poco, pero eso no bastó para dejar de estar nervioso e inquieto, mi colita no se movía, estaba caída

en señal de tristeza, pero me sobrepuse a la adversidad y afronté las cosas como un perro fuerte y dispuesto a aceptar mi destino.

Después de unos cinco minutos, Luis los atendió e intercambiaron algunos temas, voltearon a verme y me llamaron de forma inmediata, me acerqué a ellos y me puse al lado de mi amiguito Luis, quien de forma inmediata me puso el collar y una correa; estiró la mano y le dio la correa a la chica, quien se agachó y colocó sus manos en mi cabeza diciéndome: "Pero qué perro tan simpático"; me abrazó y preguntó por mi nombre. Luis le dijo que me llamaba Curro, que tenía un año ocho meses de edad, que no contaba con ningún papel que acreditara mi propiedad, pero que la asociación protectora de animales de Murcia expide la documentación cuando los perros son adoptados.

Debo señalar que, desde que fui abrazado por esa joven con voz rara, sentí una sensación de amor y ternura, me llenó de paz y tranquilidad que no había sentido nunca. Después, sin más ni menos, me subió a su coche y partimos de ese lugar dejando atrás una parte de mi vida. Observé por última

vez a Luis, quien ni siquiera me acarició, ni mucho menos me brindó unas palabras. Qué duro resulta saber que hay personas sin ningún afecto hacia los animalitos, que nos tratan como si fuéramos un objeto; pero, en fin, hay un Dios que todo lo ve.

Después de unas horas de camino, pude observar por la ventana que llegábamos a una ciudad con un calor húmedo y olor a mar. El carro paró y, nuevamente, sentí que mi corazón se aceleraba, quizá por la incertidumbre de saber cuál sería mi destino. Me bajaron del auto y la joven me dijo: "Mira, Curro, esta es la ciudad de Cartagena". Me puso la correa y caminamos por varias calles.

Paseando por la ciudad pude sentir un clima fabuloso, cálido; ya avanzada la tarde, nos dirigimos a un edificio, al llegar al cuarto piso, la chica me dijo: "Por fin, Curro, estás en tu nueva casa". Me puso unas mantas para que descansara. Me acosté y tuve una sensación muy agradable, ya que nunca en mi vida estuve en un lugar tan suave y lleno de amor. Estaba acostumbrado a quedarme en el pórtico de la casa, a la intemperie. Ahora sí sabía lo que significaba un hogar.

Sin pensar más, ni hacer ruido, me quedé quieto, solo quería que mi nueva dueña no se enfadara conmigo y decidí no ladrar, ni hacer mis necesidades. A la mañana siguiente, tenía muchas ganas de salir al baño; de repente, escuché

la voz rara y me dio un beso en mi frente, luego me dijo: "Hola, Curro, buenos días, vamos a caminar y a comprarte tu comida".

Me levanté de inmediato, solo quería salir y correr para desalojar todo lo que tenía en mi estómago. Por fin, ya en un prado, pude hacerlo; me quedé viendo a la joven ofreciéndole disculpas, pero son necesidades fisiológicas que mi especie no pueden dejar de hacer. Pasando este inconveniente, nos dirigimos a una tienda de mascotas donde compraron mi alimento; hecho esto, nos dirigimos a otra tienda, esta vez se trataba de una estética canina donde me bañaron y me cortaron el pelo. Fue una sensación física muy agradable y nueva, ya que nunca me habían bañado; ahora, era otro perro, muy guapo y elegante, pero tenía un problema aún, no sabía cómo se llamaba mi nueva dueña. No fue difícil saber eso, porque cuando pagó hicieron una hoja de servicio y le preguntaron mi nombre y su nombre. Ella se llama María, a partir de ese momento, supe que jamás lo olvidaría, así como su aroma y su tono de voz, la cual podía identificar a muchos kilómetros de distancia.

Pasados unos días, me fui adaptando a mi nueva vida, totalmente diferente; ahora sentía que era valorado y muy querido, por lo que me dispuse a llevar a cabo lo que mucha gente y perros hacen, "amor con amor se paga". Poco tiempo después, María me llevó al veterinario, donde me hicieron una revisión médica total de sanidad, expidieron mi carnet y la hoja de servicios. Ya era un perro con identidad. María firmó unos papeles donde se comprometía a cuidarme y respetarme; por supuesto, a mi manera, yo también prometí lo mismo.

Aunque me intrigaba mucho por qué ella me cuidaba y me abrazaba tanto, llenándome de mucho amor, al salir de la veterinaria, debo confesar que me sentí muy orgulloso al estar al lado de mi nueva compañera y, después, poder dar paseos todas las tardes por el muelle de Cartagena, una ciudad ubicada en la región de Murcia. Esta ciudad se remonta a la época romana, lo que se refleja en sus impresionantes ruinas arqueológicas, como el Teatro Romano que cuenta con un puerto muy importante, así como la base naval española. También es posible observar

barcos, cruceros, veleros, catamaranes… en fin, todo tipo de embarcaciones que, de solo verlas, te dejan con el ojo cuadrado; sus playas son lindas, las cuales, por cierto, he disfrutado a lo largo y ancho con mi dulce María.

Todo era nuevo y emocionante para mí. Cartagena tiene una temperatura promedio de 21 grados centígrados; pero, ojo, en época de invierno es muy frío, aunque eso no le quita la espectacularidad de sus paisajes y murallas con vistas al mar. En esa ciudad puede darme cuenta de lo majestuoso que es el mar Mediterráneo, hay dentro de sus aguas, tranquilas y serenas, una melodía al escuchar cómo sus olas se abrazan con las rocas y, por la mañana, como reloj, se observa la salida de las embarcaciones que se despiden de la ciudad, anunciando que ya es hora de levantarse e irse a trabajar. Cayendo la tarde, de igual forma, se escuchan los sonidos de los barcos anunciando su regreso. En fin, podría pasar mucho tiempo contando lo bello de esa ciudad, pero retomaré nuevamente mi relato.

Unos tres meses después de haber llegado a mi nuevo hogar, pude darme cuenta de que María se encontraba más

feliz que en otras ocasiones, el motivo era que esperaba la llegada de su madre, quien viajaría desde México. Yo no sabía dónde quedaba ese lugar y, bueno, decidí sumarme a su alegría y esperar su llegada. Un día antes, me llevó a la estética canina, ya que tenía que estar presentable y guapo.

Llegada la fecha, partimos al aeropuerto "Adolfo Suárez", este personaje fue el primer presidente de España, después de haber derrocado al dictador Francisco Franco; por cierto, este aeropuerto no está en la ciudad de Madrid, sino en la población de Barajas. Hecho este paréntesis, continúo con mi historia.

El viaje duró cinco horas y, una vez, estando dentro del aeropuerto, nos dirigimos a la sala de espera donde arriban los vuelos que vienen de diferentes partes del mundo. Había transcurrido como media hora de estar ahí cuando escuché el grito de María que decía: "¡Ahí está mamá!". Brincó y movió las manos en alto para que nos viera. Nos acercamos a una señora que se parecía a María; ambas se abrazaron con mucho amor y, después, fui presentado: "¡Mira, mamá, este es Curro!". La señora se agachó y me dio un beso en la frente, luego, exclamó: ¡Qué guapo eres, Curro!". También me dijo: "Yo soy la mamá de María y me llamo igual", lo cual me dejó sorprendido, porque su acento era similar al de mi dueña y porque compartían el mismo nombre, ¡vaya confusión en la que me encontraba!

Lo interesante empezó una vez que salimos del aeropuerto, al menos para mí, porque anduvimos paseamos por todo Madrid, pero surgió un detalle: no todos los hoteles admitían mascotas. Así que nos tardamos un poco en encontrar un hotel; sin embargo, se pudo conseguir y por fin descansamos. Al día siguiente me dije: "¡Vaya que sí tengo suerte!, conocí la capital de mi país".

De regreso a casa, en Cartagena, pasamos por muchos lugares tan lindos que disfruté del paseo al lado de la mamá de María; por cierto, para no confundirme le llamaré mami Rosita. Debo señalar que la nueva integrante de la familia hablaba mucho de México, me decía que allá vivía y que un día me llevaría a conocerlo, que tenía dos perritos de raza chihuahua llamados Marcelo y Lolita, y que seríamos muy buenos amiguitos. La verdad ya no quería irme de mi nueva casa, temía que mi vida cambiara y que volviera a ser un perrito triste, sin cariño y abandonado.

Con el paso de los días, comprendí que tanto María como mamá Rosita no eran españolas como yo; ellas venían de otro país muy lejano. Pero, entonces, ¿cómo era posible que mi

dueña tenía los mismos derechos que un español? Después, me enteré de que contaba con la doble nacionalidad; yo también quería ser un perro mexicano, pero veía imposible eso. Mamá Rosita estuvo con nosotros tres meses y, durante ese periodo, cada fin de semana salíamos a conocer distintas ciudades españolas. Nuevamente, me sentí muy afortunado por tener la oportunidad de una nueva vida, distinta a la de antes.

Cuando llegó el momento del regreso de mamá Rosita a México me sentí muy triste. Me había acostumbrado a ella y a su presencia, porque cuando María se iba al trabajo, nosotros paseábamos por la ciudad, incluso, podía sentir que yo le mostraba la ciudad y que, además, la protegía de cualquier cosa, ya que esa era mi misión durante su estancia en mi país. No cabe duda de que la ausencia de un ser querido sí se siente, así me lo transmitió María, ya que la vi muy triste. También me di cuenta de que extrañaba a otra persona que se encontraba en México, con quien hablaba a diario por las mañanas, y cuando esto sucedía, su plática era muy amena.

En una de esas conversaciones, escuché que María iría a verlo junto con sus compañeros de trabajo, que tomarían unas vacaciones y, por supuesto, de inmediato pensé que me llevarían con ellos; sin embargo, no fue así. Ellos partieron sin mí, me quedé en la casa de la señora que limpiaba el piso

de María. En ese momento, se me vino el mundo encima. Cuando me fue a dejar me sentí nuevamente abandonado y durante una semana casi no me daba hambre, se me habían ido las ganas de vivir, a pesar de que me trataban muy bien y me daban cariño, pero no era lo mismo, solo pensaba en el día que María regresaría por mí. Mi temor fue constante, llegué a pensar que me olvidarían, pese a que di mi mejor esfuerzo para darle cariño a quien me rescató de una vida sufrida en los primeros años de mi existencia. ¡Pero qué equivocado estaba! Un domingo por la tarde presentí que algo iba a suceder; me sentí raro, era un instinto propio de los perros, mi corazón volvió a latir apresuradamente y pude percibir nuevamente ese aroma tan penetrante que tenía impregnado hasta los huesos. Me acerqué a la puerta y mi corazón casi se detenía de la emoción al escuchar la voz de María. Salté de alegría, mi cola daba vueltas como rehilete y, se abrió la puerta; la vi y en ese momento supe que había regresado por mí, que no me olvidó y que yo significaba mucho para ella. Volví a brincar de alegría y mi cola en señal inequívoca de que estaba feliz, de inmediato me abalancé

hacia ella, dándole muestras de cariño y agradecimiento por haber regresado a mi lado.

Su regreso me devolvió la vida, y ya no me le despegué, me aferré a sus brazos y no me solté; en ese momento, habría querido ser humano para decirle todo lo que la quería. El viaje que hizo a su tierra fue en el mes de agosto de 2023; al paso de dos meses, todo transcurrió sin cambio alguno, nuestra vida seguía igual, es decir, sin contratiempo. Sin embargo, a principios de diciembre, al salir a caminar junto con una amiguita de María de nombre Isabel, quien era nativa de Cartagena y compañera de trabajo, pude observar que estaban muy emocionadas por un viaje que emprenderían, en breve, a México. María comentó que renunciaría a su trabajo porque tenía deseos de regresar a su país, y tenía una oferta de trabajo ahí. Este comentario me cayó como balde de agua fría, entonces pensé: "Esta vez ya se iría sin mí nuevamente". Pero ¡cuál sería mi suerte!, al seguir escuchando la conversación, Isabel preguntó: "¿Curro nos acompañará?". Mi dueña respondió: "¡Claro, a Curro ya no lo dejo! Se irá conmigo a vivir a México y desde mañana

empezaré a sacar su pasaporte y todos los documentos que se requieran, así como el costo del vuelo". Este comentario me pareció excelente, sin embargo, pensé: "¿Por qué tanto trámite se necesita para poder salir de mi país?".

Al día siguiente, María me llevó al veterinario, me sacaron radiografías y se extendió un certificado de salud, también acudimos a la asociación que regula la adopción de los animales para que me extendieran un permiso de salida, y me expidieran mi pasaporte; obtenido esto acudimos a una tienda para mascotas, donde me compraron mi transportín. Todo fue divertido porque, ya dentro de este, podría estar parado y moverme sin dificultad; por norma aérea, dentro de este, las mascotas debemos estar cómodas. Una vez que vieron que sí cumplía con las especificaciones que pedía la línea aérea, lo compraron; porque esta sería la manera para poder viajar en avión con rumbo al continente americano. Todo este trámite fue muy divertido, pero muy caro, también escuché que me darían una pastilla cinco horas antes de abordar el avión, que serviría para estar relajado, esto para mí no importaba, ya que el solo hecho de irme con María me confortaba.

Llegada la fecha de partir, salimos de Cartagena muy temprano. Fue entonces cuando me dieron la famosa pastilla para poder relajarme; ya no me di cuenta a qué hora llegamos al aeropuerto de Barajas, en Madrid, solo sentí cuando me bajaron del coche y caminamos por un largo pasillo, donde un policía que estaba atrás de un escritorio le preguntó a María: "¿A dónde se dirige?". Ella respondió que a la Ciudad de México y mostró los tres pasaportes.

Una vez revisados, el policía dijo: "Las maletas y la mascota se quedarán conmigo, yo posteriormente verificaré que las pongan en la parte de abajo del avión". En ese momento, me colocaron en el transportín con una serie de etiquetas que decían "con destino a México"; hecho esto, María me susurró: "Pórtate bien chiquito, ya vamos a casita".

Unos minutos después, un señor que portaba un overol color azul me puso en un maletero y me llevó donde estaba un avión enorme. Estando ahí, pude ver que venían más perros en otros transportines; nos vimos, pero ninguno ladraba, claro que esto se debía al efecto de la pastilla que nos habían dado a todos. Después, nos colocaron en una plataforma

dentro del avión y sujetaron cada transportín para que no se moviera; al cerrar la puerta, todo se oscureció a pesar de que eran las cinco de la tarde. Solo aprecié una pequeña luz de color ámbar que permitía vernos. Había perritos que estaban completamente dormidos y otros no lo estábamos, por eso pude darme cuenta de todo lo que ocurría, tal vez porque estaba nervioso y no quería que me abandonaran, mi instinto de supervivencia fue más fuerte que el efecto de la pastilla.

Cuando despegó el avión, todo se movió levemente, pero en poco tiempo quedamos estables nuevamente; en esos momentos, quizá por la presión de la altura, me dio mucho sueño, y aunque dormitaba, me despertaba a cada rato. Tenía la idea de que ya habían transcurrido muchas horas y seguíamos volando, hasta que un sonido constante me despertó, el avión empezó a descender y nos movimos nuevamente. Escuché el rechinido de llantas y muchas vibraciones; luego, vino la calma. El avión rodó por la pista hasta quedar totalmente parado. Para ese momento, todos mis compañeros perritos ya estaban despiertos y dando vueltas en los transportines, unos más inquietos que otros, yo guardé la calma y, siguiendo

las instrucciones de María, me quedé tranquilo. Después de unos veinte minutos, se abrió la puerta por donde nos metieron, observé a varias personas que bajaban las maletas y a cada uno de nosotros, fueron colocándonos en un carrito junto con las maletas; posteriormente, nos pusieron en una banda y me di cuenta de que seguía siendo de día, pero pensé que no era posible, pues mi reloj biológico me decía que ya debía ser de noche. Ahora venía la parte interesante: ¿dónde vería a mi dueña? Después de un corto camino, nos cambiaron de banda y nos pasaron a una sala muy grande, junto con muchas maletas; nos colocaron en unas bandas que avanzaban, entonces observé que había personas que tomaban las maletas y los transportines.

Estaba seguro de que en cualquier momento harían lo mismo conmigo, también observé que los dueños de los perritos presentaban los papeles a la policía mexicana, fue cuando supe que ya estábamos en México. El aire se sentía distinto, percibía olores nuevos. ¡Qué emoción!, habíamos llegado al fin a la patria de mi dueña, y comprendí que ya me encontraba muy lejos de mi tierra, en otro continente. ¡Qué

aventura estaba pasando!, de ser un perrito abandonado y maltratado, ahora me encontraba en otro país. Otros perros no tienen la misma suerte de viajar en avión a otro país. Pero, esperen, mientras los perritos que habían viajado conmigo se iban con sus dueños, yo iba quedándome solo y comencé a impacientarme; daba vueltas en mi transportín sin quedarme quieto y pensaba: "¡Ay virgen de Covadonga, que no se vaya a olvidar de mí, por fa!".

Después de un rato, me pasaron con una persona que le decían doctor, y a su lado estaba María muy nerviosa, presentí que había problemas y escuché que, como mi pasaporte no traía el holograma de la vacuna que me pusieron en España, no podían dejarme salir. Mi dueña les mostró constantemente todos mis papeles. El doctor comentó que, si le pagaba la consulta, él podía avalar la vacuna y solo así podrían dejarme pasar. De inmediato, María le dijo que estaba de acuerdo, luego sacó su tarjeta bancaria para realizar el pago, pero el hombre exclamó que el pago tenía que ser en efectivo. Como María vivía en España, e íbamos llegando a México, solo traía euros. Entonces quiso pagar con euros al médico

y él le dijo: "Estamos en México y recibo únicamente pesos mexicanos". María exclamó: "¡Pero no traigo pesos!". El doctor replicó: "Pues consiga".

Yo no daba crédito a lo que estaba pasando y pude oler esto como algo turbio, entonces me pregunté: "¿De dónde conseguiremos dinero mexicano?". Mi sorpresa fue que mi dueña regresó con el dinero en la mano y el doctor lo recibió. Solo le dijo: "Ya puede llevárselo". Me pregunté por qué no le dio ningún papel, ni le selló nada; mis sospechas se confirmaron, María preguntó: "¿Ya me lo puedo llevar?". El doctor respondió que sí.

Todo esto tardó alrededor de una hora y media; entonces, nos dirigimos hacia la salida y, a unos pasos, estaba Isabel con todo el equipaje. Ella dijo: "Ya me estaba preocupando, pensé que a Curro no lo dejarían ingresar a México". María exclamó: "¡En España le habían puesto todas las vacunas que necesitaba un perro para salir e ingresar a otro país! Pero, bueno, lo importante es que ya estamos juntos". Ahora, a buscar al papá de María, quien ya tenía horas esperándonos debido a que arribaríamos a las seis de la

mañana y nos dejaron salir hasta las nueve. ¡Que gachos!

Cuando salimos de la aduana, María exclamó: "¡Ahí está mi papá!". Sin soltar el transportín donde yo venía, corrió y lo abrazó muy fuerte; posteriormente, también abrazó a Isabel, mientras yo me quede sorprendido porque no me presentaban con ese personaje de quien tanto se hablaba. Después de los saludos, mi dueña le dijo a su papá: "Mira, este es Curro", yo no podía abrazarlo ni besarlo puesto que aún me encontraba guardado y, por supuesto, mantuve la calma. Nos dirigimos al estacionamiento; por fin, me sacaron y, sin pensarlo, me dieron ganas de hacer del baño, di unas vueltecitas y, finalmente descansé. Claro que se recogieron mis desechos, no crean que ahí los dejamos, eso es cuestión de cultura perruna. ¡Cuál sería mi sorpresa!, al subir las maletas al carro, el papá de María le dijo: "Ya no lo metas a la jaula, mejor nos lo llevamos suelto". Ella le dijo: "Pero, papá, eso no está permitido en España, solo dejan viajar a los perritos en transportín, si no te multan".

Pude diferenciar que en México les dicen jaulas y en mi país transportines; pero, como dicen: "Yo me adapto a todo,

de las dos maneras le entiendo". Finalmente, emprendimos el viaje a Pachuca, lugar donde nació mi dueña. Yo, como nunca había viajado sin jaula, pude ver todo el recorrido. Por supuesto, también estaba atento a las pláticas y risas que tenían, los vi muy contentos a todos, por lo que yo también me sumé a esa alegría moviendo mi colita.

Después de dos horas, aproximadamente, mi dueña exclamó: "¡Por fin llegamos!". Nos bajamos del auto y, al abrir la puerta, ¡cuál sería mi sorpresa! Ahí estaba Rosita, sí, la mamá de María. Me agradó mucho que, antes de saludar a su hija, me abrazó y me dio un beso; luego, me dijo: "Currito, esta es tu nueva casa". Y, pues sin más detalle, me puse a explorar mi nueva casa, que era muy grande, mucho más que el piso de Cartagena.

Pero ¡esperen! De repente, vi una perrita muy chiquita, color blanco como la nieve, pero muy inquieta. Emitía unos ladridos muy agudos. Debo de confesar que sí me molestaban. Mamá Rosita me comentó que ella era Lolita, una perrita chihuahua. Después me llevó cerca de una maceta que tenía una plantita y una leyenda que decía "Marcelo", así como

una huella de perrito y exclamó: "¡Aquí están sus cenizas! El murió hace seis meses, era un buen perrito, lo queríamos mucho, muy amigable y atento con todas las personas, se portaba muy bien, se ganó el cariño de todos los amigos". ¡Vaya palabra! en mi tierra les decimos tíos pero poco a poco me iré acostumbrando a sus modismos.

Esta presentación hizo que se me hiciera un nudo en la garganta y, después, con mis dotes de explorador me dispuse a conocer toda la casa. Era un ambiente muy bonito y agradable. Minutos después, me sumé a la algarabía que tenía mi dueña y su familia. Pero cuando hablaban los mexicanos no entendía muchas palabras raras, por lo que ponía toda la atención para lograr comprender. Después de tan largo viaje, empezó a darme hambre y me comí la comida de Lolita, que no me gustó porque no tenía el sabor de las croquetas que comía en mi tierra. Pero el hambre es canija, de eso se percató el papá de María, y volvió a servir los platos. Esta vez, dejé la comida; eso es una señal de cuando a nosotros los perros no nos gusta el alimento.

Parecería que fuera muy chocante, pero no me pasaba esa comida mexicana. ¡Qué locura!, pero, poco a poco, tenía que acostumbrarme a mis nuevos hábitos. Cuando era de día y de noche yo permanecía despierto, pero esto se debía a que veníamos de otro continente, mi desajuste emocional, alimenticio y biológico estaba de cabeza. Mi preocupación era que no le fuera a caer bien al papá de María (quien por cierto se llama Víctor), pero me di cuenta de que también me había aceptado.

Durante un paseo con Víctor, me contó que había tenido un perro muy grande de color cafecito llamado Suker, que había muerto de forma extraña y que no entendía la razón, pues estaba sano y fuerte.

Una mañana, al papá de María lo tuvieron que sacar de su casa en ambulancia para trasladarlo a la Ciudad de México,

debido a que necesitaba una cirugía de ojo, como consecuencia de un pelotazo que le dieron jugando tenis. Suker se puso muy triste al ver cómo se lo llevaban en la ambulancia, y cuando Víctor regresó a casa, Suker había muerto.

Esta narración me impactó mucho, pues deben saber que nosotros los perritos nos damos cuenta cuando nuestros dueños están contentos, tristes, tienen algún problema, o se encuentran en peligro. Nuestra reacción es protegerlos, también tenemos un oído y olfato que nos permite saber cuándo están por llegar a casa. Por lo tanto, lo que presenció Suker le impactó tanto que murió.

Hay otros perros que cuando no vuelven a ver a sus dueños los esperan en el último lugar donde los vieron, o donde descansan sus restos humanos; esto, debido a la fidelidad que tenemos cuando nos dan su cariño y protección. Por esa razón dicen que somos el mejor amigo del hombre. Ese paseo que dimos fue muy interesante, Víctor también me contó que le tenía un afecto y cariño muy especial a Suker, al grado que su embarcación lleva su nombre. ¡Vaya que si lo quería demasiado!

Siguiendo con mi adaptación en México, les platico que fue muy difícil, yo venía de un puerto donde veía barcos en el mar y mi ciudad tenía unas vistas espectaculares, y en Pachuca hace frío y mucho viento, su clima es cambiante. Lo bueno que soy de pelo largo y con manta integrada. Conocí el bosque y senderos cercanos que en la tierra

donde nací son muy escasos, pero me adapté a estos muy fácil. Tuve problemas para entender y comprender el lenguaje de México, son muy diferentes las palabras mexicanas a las españolas, pero tenía que acostumbrarme de forma inmediata y las aprendí muy rápido, ya quería ser mexicano. Hoy, tengo las dos nacionalidades, poco común en un perro.

Cierto día, al estar comiendo en casita, escuché que se realizaría un concurso donde participarían perritos, llamado "Canta por tu perro". Este concurso consistía en que cada dueño participaría con su canino y cantaría una canción, el premio era una despensa. Yo paré más la oreja y me dispuse a participar al lado de Víctor. Sin embargo, él no podía hacerlo porque era organizador y, como dicen los abogados, no podía ser juez y parte. Víctor no quería que hubiera chanchullo, pero, al verme tan entusiasmado, me dijo que no me preocupara, que ya tenía a su remplazo, un tío a quien le llamaban "Paquito". Grande sería mi sorpresa, pues se llamaba igual que yo, Francisco, porque en España a los "paquitos" se les dice "curros".

Llegado el día del concurso, y sin ensayar, subimos al escenario y me di cuenta de que había perritos de diferentes tamaños y razas; sin más preámbulo, Curro el humano pidió su canción favorita, "Todo se derrumbó", yo me quedé viéndolo, pero ni modo, la música ya estaba en curso, solo me propuse seguir el ritmo. Al terminar de cantar, escuché aplausos. Nos dieron dos despensas, una para humanos y otra para caninos.

Después, pasaron los demás concursantes, todos excelentes. Fue una experiencia inolvidable, fue un concurso fabuloso y me gustaría repetirlo con mi tocayo. Incluso, me dio la oportunidad de conocer a perritos mexicanos muy bien portados y con buenos cortes de pelo, se apreciaba que sus dueños les daban mucho amor, esto me permitió observar que aquí en México hay dos clases de perritos, los que teníamos dueños y los que no lo tenían. De esto me percaté porque, a cada sitio que salíamos, había muchos perros arrabaleros –callejeros les dicen en México–, pero en España no existen, ya que cada animalito tiene por ley un dueño.

Al salir a dar un paseo con Víctor, me puso mi correa como usualmente lo hace y emprendimos la caminata alrededor de las ocho de la mañana. Mientras bajábamos un puente, de forma sorpresiva, nos atacaron ocho perros muy grandes, me tundieron por todos lados, recibí mordidas que me causaron muchas heridas y no pude dar pelea, ya que traía el collar y la correa que me impedían defenderme. También escuché a Víctor que trataba de espantarlos y quitármelos con los pies, lo cual era imposible. Solo escuché que uno de ellos gimió y se alejó, los demás hicieron lo mismo. Me quedé tirado en el piso, no podía levantarme, sangraba por varias partes de mi cuerpo. Víctor me levantó entre sus brazos y, de inmediato, me llevó a casa. Tardamos como diez minutos en llegar, se me hizo eterno, me sentía muy débil. En casa, me cubrió con una cobija y me llevó a la veterinaria donde me atendieron. Escuché que tenía nueve heridas muy profundas, producidas por los colmillos de los canes. Una vez controlada la sangre, me cortaron todo el pelo y cada herida fue limpiada, pero no me cosieron, ya que el veterinario dijo que tenían que dejarlas así para

que saliera la infección. El médico y mi familia tenían temor de que, por ser perros de la calle, tuvieran bacterias y provocaran alguna infección grave.

Durante una semana, los dolores fueron insoportables, pues el ataque no fue para menos, pero gracias a las curaciones y cuidados pude sanar más rápido. Cuando me vi en el espejo, me percaté de que tenía cicatrices por todos lados y me sentí triste por las marcas que me quedaron. Me veía raro, pero gracias a que tengo el pelo largo ya no se notan.

La experiencia que viví fue muy desagradable, ya que en mi país no hubiera sucedido esto porque no se permite que los perros anden sueltos, ni mucho menos que existan perros de la calle, está muy controlado el cuidado canino.

Espero que aquí en México, algún día, se ponga atención en este tema, sé que hay una ley de protección y trato digno para los animales, pero es letra muerta. El nacimiento de un animalito trae derechos y obligaciones para los dueños, y es recomendable que aprendan y se responsabilicen de sus mascotas. Yo tuve mucha suerte de ser adoptado, y ahora me considero un perro afortunado por ser mexicano; sin embargo, espero que algún día pueda volver a visitar mi querida España.

Una vez que superé el trauma del ataque que sufrí, he tomado mis precauciones para ya no confiarme de los perros que están en la calle. Después de un tiempo, María le comentó a Víctor que en España le recomendaron las autoridades que me esterilizaran ¡Yo no sabía que era eso!, pero no tardé mucho en comprenderlo y, finalmente, llegó la hora. Me llevaron con el veterinario y me realizaron dicha

cirugía; no sentí nada, pero, imagínense cuando desperté. ¡Pobre de mí! ¡Me habían quitado los cojones! Todavía no salía del trauma por el ataque de los perros y entré a otro; sin embargo, entendí que fue lo mejor, ya que me libraba de muchas enfermedades, como el cáncer de próstata, entre otros padecimientos. Además, podría tener una vida más longeva y sana; evitaría traer al mundo más perritos, pues ya somos muchos, ¿no creen?

Después de varios meses, me di cuenta de que la cirugía trajo más beneficios que perjuicios; ahora me siento muy bien y más ágil, puedo correr, brincar y nadar sin problema alguno, como lo hacía con María en Cartagena, España, lugar de sol, mar y arena. Pero aquí en México no se le pide nada a ese lugar, ya que Víctor es fanático de la náutica y me lleva a navegar con mucha frecuencia, puedo decir que soy su marinerito, porque siempre estoy atento a las indicaciones que me da. Observo con cuidado cuando prepara el viaje, mediante una bitácora donde apunta todos los implementos de seguridad para poder realizar un paseo placentero, relajante e inolvidable. ¿Saben?, soy el primero que aborda y mi lugar está en proa,

es decir, al enfrente; desde ahí puedo observar todo, pero en ocasiones me voy a popa, donde observo la estela del motor que me hace sentir tranquilo. Además, me siento muy orgulloso cuando Víctor le dice a sus "tíos" o, como se dice en México, sus amigos, que soy un perrito muy bien portado, ¡pues claro, he aprendido y soy un verdadero marinerito!

Ahora, díganme si no soy afortunado con esta vida que me está tocando vivir. Por eso, le doy gracias a Dios por "el día que cambió mi vida".

El día que cambió mi vida
se diseñó en los talleres gráficos
de la Editorial Universitaria de la
Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo,
en el mes diciembre de 2025.
Cuidado editorial: Gabriela Cruz Valdés

Universidad Autónoma
del Estado de Hidalgo

Consejo
Editorial

ISBN: 978-607-482-949-5